

#2 - marzo 2007

deseo

REVISTA BREVE PARA ENCONTRAR PLACER



Soledad Sánchez Parody
Kasandra
Miguel Pastrana
J. R. Crespo
Alfonso Salazar
María Fernández Salgado
Laura Labajo



1 –

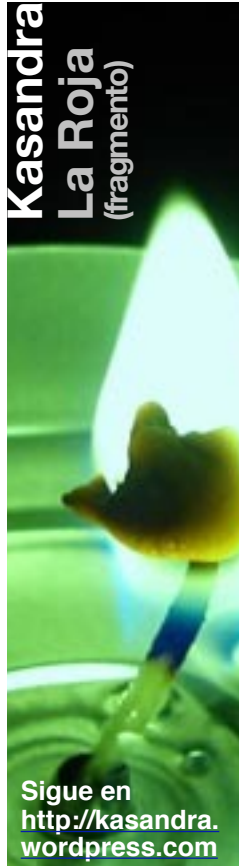
Todo está en la bañera.
Yo estoy hecha trozos de barco y tardo.
Me han estampado la marca de los pequeños la
luz es blanca.
La luz tintinea como una inseguridad.
Estoy hecha en cajones y buscando cirugía que
me cure
la marca (La marca) La marca
significa que nunca
tendré otro ombligo que nunca seré mi confinante.

Todo está en la bañera. Yo soy una cosa que no
flota se abrocha.

2 –

Azul
si
como
siempre antes me atrapa quieto en red, supondrá
que le pido que me regale un ánimo (y no pido)
el azul por el todo
ni aceras ni diafragma: ojo dentro del ojo azul en
donde dentro yo
prefiera no quererle
trigos y campanadas el resto de la vida o bien
que no
me agrada estar así tumbada en la bañera del
enojo
recolectando
(y mide?)

Recolectando sótanos si él mide mis palabras.



Mi madre me veía de pequeña y ¿sabes lo que repetía siempre? Eres tonta del bote. Siempre estás mirando a las musarañas... le dijo la Roja, aquella noche, a la mujer, a esa otra mujer que continuaba mirando las musarañas como si fuera ella misma...

Era cierto, la infancia de la Roja transcurrió así, fijando la vista en cualquier horizonte perdido, absorta por sus imaginarias nubecillas interiores; sumida en no sé sabe qué pensamientos y abstracciones... Y así seguía sucediéndole con su madre, Sólo que la madre ya se conformaba sólo con hablar y además la prefería silenciosa. Cuanto más silenciosa la Roja menos mordaz para con la madre, más en su mundo y las dos tan contentas.

Por eso a veces la Roja se sentaba en la esquina de la cama de una habitación que antes había sido suya, y miraba muy concentrada al rostro entrado en carnes y agraciado de la madre; que tejía o desayunaba, o comía o merendaba, o cenaba en su sillón, y como si la escuchara atentamente. Casi todo el tiempo las imágenes de la televisión se sucedían sin sonido, menos cuando alguna cartomante patética, como aquella, aparecía en pantalla y entonces la madre interrumpía su cháchara tediosa como si aquello fuera la noticia más importante del mundo y subía incluso desorbitadamente el volumen; o emitían, esa era otra, algún estúpido concurso repleto de cajas amarillas con vocación de galleta china. Pero habitualmente como un rum rum se escuchaban, por lo bajo, las conversaciones de los teléfonos móviles que se trasponían una tras otra, y a las que su madre era adicta. Entonces la madre decía, 'Calla, calla, que a ésta la conozco yo. Verás...' Pero ya era tarde. La Roja había levantado los brazos y las manos con las palmas abiertas y

había hecho su gesto característico de 'hasta aquí llegue'. A rebosar. Entonces sin decir una palabra se levantaba y se iba y la madre sabía que había agotado la paciencia de su hija, aunque a ninguna de las dos le importaba. Cada una era como era.

Aquello a la Roja, al principio, había comenzado pareciéndole algo demencial, el colmo de la pobreza humana pero con los años se había ido haciendo a la idea de que nunca podría mejorar a su madre ni al revés, visto desde el otro punto de vista, porque también así habría que mirarlo; y optó por dejarla en paz mudándose al barrio de los tolerantes de la esquina. ¿Quién era la nimia ahora? Pero la Roja no se alegraba con esa certeza alojada en su conciencia, no la consolaba, como a la Zurda sí lo hacían las suyas. En realidad su madre le daba mucha pena todo el tiempo. Era la persona por la que sentía más compasión. Y sí, nadie se lo creía, como cuando se lo comentó a aquel desconocido (el primero emocional) que la contactó por Internet y que vivía cerca de Basauri. Porque la Roja a los 33 años todavía seguía insistiendo en querer curar a su madre y él, pues bueno, casualmente era psiquiatra, lacaniano, para más señas. Pero la revolución tecnológica para la madre había consistido, y en lo básico, en eso, en aquella emisora carísima que su marido había terminado por regalarle, hastiado hasta la médula del último de sus caprichos electrónicos, que se sucedían uno tras otro y sin piedad, dilapidándose en eso, y hasta ser abandonados por el siguiente. En la emisora y sus tejamanes con sus clientas y amigas, en el juego del tetris por ordenador... y después de un lustro muy largo, en la incorporación de un triste microondas, cuya única función era calentar los platos y la leche, para la cocina. ■

Miguel Pastrana
Sobre un lienzo
de Ángel Santiago

El tiempo tiene grietas, capilares en el mármol,
una urdimbre de sangre antigua ya pisada,
relieves con arcilla y acantilados rojos
como signos de un mapa que es siempre por hacer.

Pintamos sobre un lienzo por otros ya pintado;
el último en marcharse borra la tela usada,
y nos deja la huella de lo tanto posible.



Veo, veo... ya no veo nada.

Se fue la pasión de las palabras y el juego se me antoja torturante. Será, digo yo, que he perdido los pasos por la llanura sin caminos (ya sabéis, “caminante” etcétera).

Miro (y son los mismos ojos que me abrieron el mundo) pero ya no veo nada. No es tristeza, al cabo sé que todo se termina por secar bajo capas de olvido.

Desapareció la ilusión como desaparecerá el amor. No me engaño, en el fondo siempre supe (aunque me esté mal el decirlo) que esto iba a pasar. No es tristeza, es un rencor hacia mis sentidos que me nublan esa otra mirada.

Veo, veo... ya no veo nada.

Y tampoco es rencor, es ese algo que se queda pegado a los zapatos como una mierda, o como el alquitrán y esas incontadas sustancias que se aferran a los pulmones.

Será (digo yo, aunque me esté mal el decirlo) que se me ha muerto el ansia por las metáforas. Que no le encuentro sentido a seguir caminando por las nubes.

Veo, veo, etcétera. ■

Alfonso Salazar
Imagosías



La mitá de la vida



Profanación



Basura de la poesía



Brindis



Pudo no ser que su boca,
 pero sí su boca,
 abriese el balido y luego el heno,
 es cosa de creer.
 Y luego que la cara de ella
 era hermosísima, igual a la de su padre,
 diría yo si le hubiese conocido, que,
 como no es el caso, no lo digo.
 Si su padre se entera
 de las obscenidades,
 capaz viene y prende fuego a este lugar,
 así viniera. La cara de su hija
 traía relumbre, vaya, lo que se dice
 sodomía ¿No se dice así?
 Hubo golpes, verá usted, detrás
 de la empuñadura de la puerta,
 hasta se sentía el rumor de un clavo
 de oro y una risa como libidinal,
 o bueno no, deje,
 eso no lo ponga.
 En realidad pagaron todo bien y se marcharon.
 Su caso no difería de otros muchos,
 salvo la plata, la vida, digo.
 Es que restallaba plata,
 ¿dónde?

pues en el envés de las baldosas
 y en la cara fría de la chica
 hasta yo un poco, sí, me masturbé,
 un poco.
 ¿Cómo no?
 Vivo en esta pensión desde hace doce años.
 Tampoco es inusual que me masturbe.
 ¡Pues claro!



Me cansé de ver la escena
Después a telón bajado
Acordarme de ti y yo y Hamlet
Y no de frío

Y a poco, creo, salí a gatas
Apuntandome otra vez un si de bajos techos
y mutis al fin, como de sueños
nunca ha sido ahora
y por el foro nunca.



Madrid, febrero de 2007

Diseño y coordinación:
Aurora Pintado

Colaboraciones y consultas a
deseoliterario@gmail.com

Agradecimientos:

A la paciencia de quien tengo en casa con absolutamente todo lo que hago y no hago. A los amigos que invitan a merendar. A todo el que escribe y lo comparte sin demasiadas atenciones a su propio ego (ellos encontrarán el Cielo y la paz a la diestra del Padre). Al evocador sonido de las sirenas de ambulancia y las obras de fontanería en los patios. A los espejos que no devuelven la mirada. A quien fuera que inventara el sushi, uno de los platos más poéticos que existen.

deseo